

saría en la paz sino cuando los rusos hubiesen hecho lo que no hicieron en las guerras anteriores. Nuestros periódicos han sido bien miserablemente turcos en estos últimos tiempos. ¿Cómo han podido olvidar jamás la noble causa de Grecia, y manifestar admiración ante unos bárbaros que esparcen sobre la patria de los grandes hombres y sobre la parte más hermosa de Europa la esclavitud y la peste? Nosotros, los franceses, somos así; un poco de descontento personal nos hace olvidar nuestros principios y los sentimientos más generosos. Los turcos, derrotados, apenas me causarían compasión; vencedores, me inspirarían horror.

»Mi amigo, señor de la Ferronnays, ha quedado en el poder. Me lisonjeo de que mi determinación de seguirle habrá hecho alejar a los concurrentes a su cartera. Pero al fin será preciso que salga de aquí: no aspiro más que a volver a mi soledad y a dejar la carrera política. Tengo sed de independencia para mis últimos años. Las generaciones nuevas están educadas, y encontrarán establecidas las libertades públicas, por las que tanto he luchado; apodérense, pues, de ellas, pero no abusen de mi herencia, y que vaya yo a morir en paz al lado de usted.

»Anteayer fui a pasearme a la villa Panfilo: ¡qué hermosa soledad!»

«Roma, sábado 15 de noviembre.

»Se ha celebrado un primer baile en casa de Torlonia. He encontrado en él a todos los ingleses de la tierra, y me creía todavía embajador en Londres. Las inglesas parecen figurantas comprometidas para bailar en el invierno en París, Milán, Roma y Nápoles, y que vuelven a Londres después de haber concluido su compromiso en la primavera. Los saltitos sobre las ruinas del Capitolio, las costumbres uniformes que la alta sociedad lleva a todas partes, son cosas bastante extrañas: ¡si me quedase aún el recurso de salvarme en los desiertos de Roma!

»Lo que hay aquí de deplorable, lo que sienta mal a la naturaleza de los lugares, es esa multitud de inspidas inglesas y de frívolos dandys que, encadenados por los brazos como las comadrejas por las alas, pasean su hastío y su insolencia en las fiestas, y se establecen en casa de uno como en una posada. Esa Gran Bretaña, vagabunda y derrenegada en las solemnidades públicas, salta

sobre vuestras plazas, y riñe, a puñetazos, con ustedes para arrojarlos de ellas. Durante el día se traga apresuradamente los cuadros y las ruinas, y viene después, haciéndoles a ustedes mucho honor, a devorar los pasteles y los helados de sus reuniones. No sé cómo un embajador puede sufrir a esos huéspedes groseros, y no los hace poner a la puerta.»

EXPLICACIÓN SOBRE LA MEMORIA QUE VA A LEERSE.—MEMORIA.—PRIMERA PARTE.

He hablado en el Congreso de Verona de la existencia de mi Memoria sobre Oriente. Cuando la envié de Roma en 1828 al conde de la Ferronnays, ministro entonces de Estado, no era el mundo lo que es ahora: en Francia existía la legitimidad; en Rusia no había perecido la Polonia; España era todavía borbónica; Inglaterra no tenía todavía el honor de protegernos. De consiguiente, muchas cosas se han hecho viejas en esa Memoria. Hoy mi política exterior, por muchos conceptos, no sería la misma; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas; pero en el fondo han quedado las verdades. He insertado esta Memoria íntegra para vengar una vez más a la Restauración de las reconvencciones absurdas que se han obstinado en dirigirle, a pesar de la evidencia de los hechos. Tan pronto como la Restauración eligió sus ministros de entre sus amigos, no dejó de ocuparse de la independencia y del honor de Francia: se pronunció contra los tratados de Viena, reclamando fronteras protectoras, no por la gloria vana de extenderse hasta las orillas del Rin, sino para buscar su seguridad. Se rió cuando le hablaron del equilibrio de Europa, equilibrio roto con tanta injusticia hacia ella: por eso deseó primero hacerse fuerte en el Mediodía ya que habían querido desarmarla en el Norte. En Navarino volvió a hallar una marina y la libertad de Grecia; la cuestión de Oriente no la cogió de sorpresa.

He conservado tres opiniones sobre Oriente desde la época en que escribí dicha Memoria.

1.ª Si la Turquía europea debe ser dividida, debemos tener una parte en ese reparto por un aumento de territorio en nuestras fronteras, y por la posesión de alguna base militar en el Archipiélago. Comparar el reparto de Turquía con el reparto de Polonia es un absurdo.

MEMORIA

PRIMERA PARTE

2.ª Considerar Turquía tal como estaba en el reinado de Francisco I, como una potencia útil a nuestra política, es quitar tres siglos a nuestra historia.

3.ª Pretender civilizar Turquía, dotándola de barcos de vapor y caminos de hierro, disciplinando sus ejércitos, enseñándola a dirigir sus escuadras, no es extender la civilización en Oriente, sino introducir la barbarie en el Occidente. Otros futuros Ibrahim podrán hacer retroceder el porvenir a la época de Carlos Martel, o a la del sitio de Viena, cuando fué salvada Europa por esa heroica Polonia, sobre quien pesa la ingratitud de los monarcas.

Debo hacer notar que he sido el único, con Benjamín Constant, que señaló la impresión de los gobiernos cristianos: un pueblo cuyo orden social está fundado en la esclavitud y la poligamia, es un pueblo que es necesario confinar a los climas de los mongoles.

En último resultado, la Turquía europea, convertida en vasalla de Rusia en virtud del tratado de Unkiar Skelessi, no existe ya. Si la cuestión debe decidirse inmediatamente, cosa que dudo, sería, quizá, mejor que un imperio independiente tuviese establecida su capital en Constantinopla e hiciera un todo de Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto a Mehemet-Alí, arrendatario y aduanero inexorable, el Egipto, en interés de Francia, está mejor guardado por él que lo estaría por los ingleses.

Estos son los prolegómenos que me parecían necesarios para la inteligencia de la Memoria que sigue, y que se encuentra igualmente en el ministerio de Estado.

Carta al señor conde de La Ferronnays.

«Roma, 30 de noviembre de 1828.

»En su carta particular del 10 de noviembre, mi noble amigo, me decía usted: «Le envío un breve resumen de nuestra situación política, y espero que será tan amable que me dará a conocer en cambio sus ideas, siempre tan dignas de ser conocidas en semejante materia.»

»Su amistad, noble conde, me juzga con demasiada indulgencia; remitiéndole la Memoria adjunta, yo no creo de modo alguno ilustrarle; no hago más que obedecerle.»

«A la distancia en que me encuentro del teatro de los sucesos, y en la ignorancia casi completa en que estoy del estado de las negociaciones, apenas me es posible razonar convenientemente. No obstante, como hace mucho tiempo tengo adoptado mi sistema sobre la política interior de Francia; como yo, por decirlo así, he sido el primero en reclamar la emancipación de Grecia, someto gustoso, noble conde, mis ideas a su ilustración.

»Todavía no se había iniciado la cuestión del tratado del 6 de julio, cuando yo publiqué mi Nota sobre Grecia. Esta nota encerraba el germen del tratado: yo propuse a las cinco grandes potencias de Europa dirigir un despacho colectivo al Diván, exigiéndole imperativamente la terminación de toda hostilidad entre la Puerta y los griegos, y, en el caso de una negativa, las cinco potencias habrían de declarar que reconocían la independencia del gobierno griego, y que estaban dispuestas a recibir a los agentes diplomáticos de este gobierno.

»Esta Nota fué leída por los diferentes gabinetes. El puesto que yo había ocupado como ministro de Estado daba cierta importancia a mi opinión, pero lo que hubo aquí de extraordinario fué que el príncipe de Metternich se mostró menos opuesto al espíritu de mi Nota que el señor Canning.

»Este último, con el cual yo había tenido correspondencias bastante íntimas, era más orador que gran político; más hombre de talento que hombre de Estado. Tenía, por lo general, cierta envidia de los triunfos, y, sobre todo, de los de Francia. Si la oposición parlamentaria hería o exaltaba su amor propio, se precipitaba en mal camino y se deleitaba en los sarcasmos e invectivas. Por esto, después de la guerra de España, desechó la demanda de intervención que yo conseguí con tanto trabajo del gabinete de Madrid para el arreglo de los asuntos de ultramar: la razón secreta de este paso fué que él no había hecho esa demanda, y no quería que Inglaterra, representada en un congreso general, no estuviese ligada por los actos de este congreso, y permaneciera siempre en disposición de obrar por sí. Por eso también hizo el se-

ñor Canning pasar las tropas a Portugal, no para defender una Carta de la cual era el primero en burlarse, sino porque la oposición le echaba en cara la presencia de nuestros soldados en España, y quería poder decir al Parlamento que el ejército inglés ocupaba Lisboa como el ejército francés ocupaba Cádiz. En una palabra, por esto es por lo que ha firmado el tratado de 6 de julio contra su opinión particular, contra la opinión de su propio país, contraria a la causa de Grecia. Si ha accedido a este tratado ha sido únicamente porque ha tenido celos de vernos tomar con Rusia la iniciativa de la cuestión y recoger solos la gloria de una resolución generosa. Este ministro que, a pesar de todo, dejará un gran renombre, creyó de esta manera comprimir los movimientos de Rusia por este tratado mismo: sin embargo, es evidente que el texto del acta no encadena en lo más mínimo al emperador Nicolás, ni le obliga de ninguna manera a renunciar a una guerra particular con Turquía.

»El tratado de 6 de julio es un documento informe, redactado apresuradamente, donde nada se prevé, y que contiene disposiciones contradictorias.

»En mi *Nota sobre Grecia* yo suponía la adhesión de las cinco grandes potencias; Austria y Rusia estaban aliadas entre sí, y su neutralidad las dejaba en libertad para declararse en pro o en contra de una de las partes beligerantes en vista de los acontecimientos.

»No se trata de volver sobre lo pasado; es necesario tomar las cosas tal como son. Lo más a que están obligados los gobiernos es a sacar el mejor partido posible de los hechos una vez consumados. Por lo tanto, examinemos estos hechos.

»Nosotros ocupamos la Morea: las plazas de esta península han caído en nuestras manos. Esto por lo que, a nosotros se refiere.

»Varna fué tomado, y quedó convertido en un puesto avanzado, situado a setenta varas de distancia de Constantinopla. Se bloquean los Dardanelos; los rusos se apoderan durante el invierno de Silistria y de algunas otras fortalezas; no tardarán en hacerse numerosas levas. En los primeros días de la primavera todo se conmoverá para una campaña decisiva; en Asia, el general Paskewitch ha invadido tres bajalatos; domina el nacimiento del Eufrates y amenaza el camino de Erzerum. Esto por lo que concierne a Rusia.

»¿Hubiera hecho mejor el emperador Nicolás en emprender una campaña de invierno en Europa? Creo que sí, si tenía posibilidad para ello. Avanzando sobre Constantinopla habría cortado el nudo gordiano, poniendo fin a todas las intrigas diplomáticas. Todos se ponen de parte del triunfador; el medio de tener aliados es vencer.

»En cuanto a Turquía, tengo para mí que nos habría declarado la guerra si los rusos hubieran sucumbido delante de Varna. ¿Tendrá hoy la cordura de entablar negociaciones con Inglaterra y Francia para desembarazarse al menos de una y otra? Austria le aconsejaría gustosamente este partido; pero es muy difícil prever la conducta de una raza de hombres que no tienen las ideas europeas. Astutos como esclavos, al par que orgullosos como tiranos, nunca templan su cólera sino por el miedo. El sultán Mahmud II, bajo ciertos conceptos, parece un príncipe superior a los últimos sultanes. Posee valor político; pero, ¿tendrá también el personal? Se contenta con pasar revistas en los barrios de su capital, y hace que los grandes le supliquen que no vaya ni aun a Andrinópolis. El populacho de Constantinopla estaría más contenido por los triunfos que por la presencia de su amo.

»Admitamos, sin embargo, que el Diván consienta en abrir negociaciones sobre las bases del tratado de 6 de julio. La negociación será bastante espinosa, pues aun cuando no hubiese que arreglar más que los límites de Grecia, sería cuestión interminable. ¿En dónde se han de fijar esos límites sobre el continente? ¿Cuántas islas serán devueltas a la libertad? Samos, que con tanto valor defendió su independencia, ¿quedará abandonada? Vamos más lejos, y supongamos establecidas las conferencias. ¿Paralizarán éstas a los ejércitos del emperador Nicolás? En tanto que los plenipotenciarios de los turcos y de las tres potencias aliadas están negociando en el Archipiélago, cada paso de las tropas invasoras en Bulgaria cambiará el estado de la cuestión. Si los rusos fueran rechazados, los turcos romperían las conferencias: si los rusos llegaran hasta las puertas de Constantinopla, ¿se trataría entonces de la independencia de la Morea? Los helenos no tendrían necesidad de protectores ni de negociadores.

»Por lo tanto, impulsar al Diván a ocuparse del tratado de 6 de julio es

aplazar la dificultad, no resolverla. La coincidencia de la emancipación de Grecia, y de firmarse la paz entre los turcos y los rusos, es, a mi juicio, necesaria para hacer salir a los gabinetes de Europa del apuro en que están.

»¿Qué condiciones pondrá a la paz el emperador Nicolás?

»En su manifiesto dice que renuncia a conquistas; pero habla de indemnizaciones por los gastos de guerra: esto es vago, y puede conducirnos muy lejos.

»El gabinete de San Petersburgo, pretendiendo regularizar los tratados de Akkerman y de Yassy, ¿pedirá, acaso: primero, la completa independencia de los dos principados; segundo, la libertad de comercio en el Mar Negro, tanto para la nación rusa como para las demás naciones; y tercero, el reintegro de las sumas gastadas en la última campaña?

»Innumerables dificultades se presentan para la conclusión de una paz sobre estas bases.

»Si Rusia quiere dar a los principados soberanos de su elección, Austria mirará la Moldavia y la Valaquia como dos provincias rusas, y se opondrá a esa transacción política.

»¿La Moldavia y la Valaquia pasarán al dominio de un príncipe independiente de toda gran potencia, o de un príncipe instalado bajo el protectorado de muchos soberanos?

»En este caso, Nicolás preferiría hospedares nombrados por Mahmud, porque, no dejando los principados de ser turcos, quedarían invulnerables a las armas de Rusia.

»La libertad del comercio del Mar Negro, la entrada en este mar de todas las escuadras de Europa y América, conmoverían el poder de la Puerta en sus cimientos. Permitir el paso de buques de guerra bajo Constantinopla, es, con relación a la geografía del imperio otomano, como si se reconociera a ejércitos extranjeros el derecho de cruzar en todo tiempo Francia a lo largo de las murallas de París.

»Por último, ¿dónde buscaría Turquía dinero para pagar los gastos de la campaña? El supuesto tesoro de los sultanes es una antigua fábula. Las provincias conquistadas en la otra parte del Cáucaso podrían ser, a la verdad, cedidas como hipoteca de la suma pedida: de los dos ejércitos rusos, el de Europa, me parece encargado de los intereses del honor de Nicolás; el de Asia, de sus in-

tereses pecuniarios. Pero si Nicolás no se creyese ligado por las declaraciones de su manifiesto, ¿vería Inglaterra con indiferencia avanzar el ejército moscovita por el camino de la India? ¿No se alarmó ya en 1827, cuando dió un paso más en el imperio persa?

»Si la doble dificultad que nace de la ejecución del tratado y de la pertinencia de las condiciones de una paz entre Turquía y Rusia; si esta doble dificultad hiciera inútiles los esfuerzos intentados para vencer tantos obstáculos; si en la primavera se empezara una segunda campaña, ¿volverían las potencias de Europa a tomar parte en la cuestión? ¿Cuál sería el papel que le correspondiese a Francia? Eso es lo que voy a examinar en la segunda parte de esta *Nota*.

PARTE SEGUNDA.

«Austria e Inglaterra tienen intereses comunes, y son naturalmente aliadas en cuanto a su política exterior, cualesquiera que sean, por otra parte, las distintas formas de sus gobiernos y las máximas opuestas de su política interior. Ambas son enemigas y recelan de Rusia; ambas desean contener los progresos de esta potencia: quizá lleguen a unirse en un caso extremo; pero conocen que si Rusia no se deja intimidar, puede hacer frente a esa unión, más formidable en apariencia que en realidad.

»Austria nada tiene que pedir a Inglaterra, y ésta, a su vez, no sirve a Austria sino para suministrarle dinero. Ahora bien: Inglaterra, abrumada bajo el peso de su deuda, no tiene ya dinero que prestar a nadie. Abandonada Austria a sus propios recursos, no podría, en el estado actual de su hacienda, poner en movimiento ejércitos numerosos, sobre todo, estando obligada a vigilar Italia y a tenerse en guardia en las fronteras de Polonia y de Prusia. La posición actual de las tropas rusas las permitiría entrar más pronto en Viena que en Constantinopla.

»¿Qué pueden hacer los ingleses contra Rusia? ¿Cerrar el Báltico, no comprar más cáñamo ni maderas en los mercados del Norte, destruir la escuadra del almirante Heyden en el Mediterráneo, llevar algunos ingenieros y algunos soldados en Constantinopla, llevar a esta capital provisiones de boca y municiones de guerra, penetrar en el Mar Negro,

bloquear los puertos de la Crimea y privar a las tropas en campaña del auxilio de sus escuadras mercantes y militares?

»Supongamos todo eso verificado, y eso que no puede hacerse sin gastos enormes, qué no tendrían indemnización ni garantías; siempre quedaría a Nicolás su inmenso ejército de tierra. El ataque de Austria e Inglaterra contra la Cruz, en favor de la media luna, aumentaría en Rusia la popularidad de una guerra, ya nacional y religiosa. Guerras de esta índole se hacen sin dinero, y son las que precipitan por la fuerza de la opinión las naciones unas contra otras. Si los papas empiezan a evangelizar en San Petersburgo como los ulemas en Constantinopla, lo que les sobrará serán soldados, y tendrán más probabilidades de triunfo que sus adversarios en ese llamamiento a las pasiones y a las creencias de los hombres.

»¿Permanecería Prusia espectadora indiferente de esa gran lucha, si Austria e Inglaterra se declarasen en favor de Turquía? No hay razón para creerlo.

»Indudablemente existe en el gabinete de Berlín un partido que odia y teme al gabinete de San Petersburgo; pero este partido, que, por otra parte, comienza a envejecer, tropieza con el obstáculo del partido antiaustriaco, y especialmente con el de las afecciones domésticas.

»Descomponiendo así los intereses, se ve que Francia se halla en una admirable posición política, y puede llegar a ser árbitra de aquel gran debate. Puede, a voluntad, conservar su neutralidad o declararse en favor de un partido, según el tiempo y las circunstancias. Si llegara alguna vez a verse en ese caso extremo; si sus consejos no fueran escuchados; si la nobleza y moderación de su conducta no le proporcionasen la paz que desea para sí y para los demás; en la necesidad en que se vería de tomar las armas, todos sus intereses la inclinarían del lado de Rusia.

»Formada una alianza entre Austria e Inglaterra contra Rusia, ¿qué fruto obtendría Francia de su adhesión a aquella alianza?

»¿Prestaría Inglaterra buques a Francia?

»Francia es, todavía, después de Inglaterra, la primera potencia marítima de Europa, y tiene más buques de los que necesitaría para destruir, si fuera necesario, las fuerzas navales de Rusia.

»¿Nos suministraría subsidios Inglaterra?

»Inglaterra no tiene dinero: Francia tiene más que ella, y los franceses no necesitan estar a sueldo del parlamento británico.

»¿Nos auxiliaría Inglaterra con soldados y armas?

»Francia no carece de armas, y mucho menos de soldados.

»¿Nos aseguraría Inglaterra un aumento de territorio insular y continental?

»¿Dónde buscaríamos ese aumento si hacemos en provecho del gran turco la guerra a Rusia? ¿Intentaríamos desembarcos en las costas del mar Báltico, del mar Negro y del estrecho de Behring?

»¿Nos quedarían otras esperanzas? ¿Pensaríamos en tener propicia a Inglaterra para que acudiera en nuestro auxilio, si nuestros asuntos interiores llegaran a turbarse?

»Dios nos libre de semejante previsión y de una intervención extranjera en nuestros asuntos domésticos. Además, Inglaterra ha dado siempre buena cuenta de los reyes y de la libertad de los pueblos, y siempre está dispuesta a sacrificar monarquía o república a sus intereses particulares. No hace mucho todavía que proclamaba la independencia de las colonias españolas, al mismo tiempo que se negaba a reconocer la de Grecia; enviaba sus escuadras para apoyar a los insurgentes de Méjico, y hacía detener en el Támesis algunos miserables barcos de vapor destinados a los griegos; admitía la legitimidad de los derechos de Mahmud, y negaba la de los derechos de Fernando, entregada sucesivamente al despotismo o a la democracia, según el viento que llevaba a sus puertos los buques de los comerciantes de Londres.

»En una palabra, al asociarnos a los proyectos generosos de Inglaterra y de Austria contra Rusia, ¿a dónde iríamos a buscar a nuestro antiguo adversario de Austerlitz? En las fronteras no lo tenemos. ¿Y haríamos marchar a nuestra costa cien mil hombres bien equipados para sostener a Viena o a Constantinopla? ¿Tendríamos un ejército en Atenas para proteger a los griegos contra los turcos, y otro en Andrinópolis para proteger a los turcos contra los rusos? ¿Ametrallaríamos a los osmanlis en Morea, al mismo tiempo que los abrazaríamos en los Dardanelos? Lo que carece de

sentido común en los asuntos humanos nunca sale bien.

»Admitamos, sin embargo, a despecho de toda verosimilitud, que nuestros esfuerzos fuesen coronados de buen éxito en esa triple alianza contra naturaleza; supongamos que Prusia permaneciera neutral durante esa contienda, igualmente que los Países Bajos, y que, en libertad de llevar fuera nuestras fuerzas, no nos viéramos obligados a batirnos a sesenta leguas de París. ¡Y bien! ¿Qué provecho sacaríamos de nuestra cruzada para librar el sepulcro de Mahoma? Campeones de los turcos, volveríamos de Levante con una pella de honor; tendríamos la gloria de haber sacrificado mil millones y doscientos mil hombres para calmar los terrores de Austria, satisfacer los recelos de Inglaterra y conservar en la parte más hermosa de la tierra la peste y la barbarie unidas al imperio otomano. Austria habría aumentado quizás sus estados por el lado de la Valaquia y de la Moldavia, e Inglaterra habría obtenido tal vez de la Puerta algunos privilegios comerciales, privilegios de escaso interés para nosotros, dado caso que participáramos de ellos, puesto que ni tenemos el mismo número de barcos mercantes que los ingleses, ni los mismos artefactos que difundir en Levante. Nos quedaríamos completamente burlados en esa triple alianza, que podría no salir bien con su propósito, y que, si lo conseguía, habría sido a nuestra costa.

»Pero si Inglaterra no tiene medio ninguno directo de sernos útil, ¿no podría influir en el gabinete de Viena, induciendo a Austria a dejarnos recobrar, en compensación de los sacrificios que hubiéramos hecho por ella, los antiguos departamentos situados en la orilla izquierda del Rin?

»No: Austria e Inglaterra se opondrán siempre a semejante concesión: solamente Rusia puede hacérsola, como luego veremos. Austria nos detesta, y se asusta de nosotros, más todavía de lo que aborrece y teme a Rusia: mal por mal, preferiría que ésta se extendiese por el lado de Bulgaria, a que Francia ensanchase sus límites por la parte de Baviera.

»¿Pero la independencia de Europa se vería amenazada si los zares hicieran de Constantinopla la capital de su imperio?

»Es preciso explicar lo que se entiende por independencia de Europa: ¿quiere decirse que, roto todo el equilibrio, Ru-

sia, después de haber conquistado la Turquía europea, se apoderaría de Austria, sometería Alemania y Prusia, y concluiría por subyugar a Francia?

»En primer lugar, todo imperio que se extiende demasiado, pierde su fuerza, casi siempre se divide, y poco tardaría en verse dos o tres Rusias enemigas unas de otras.

»En segundo lugar; ¿existe para Francia el equilibrio de Europa desde los últimos tratados?

»Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que hizo en las colonias de tres partes del mundo durante la guerra de la Revolución; en Europa ha adquirido Malta y las islas Jónicas; hasta su electorado de Hannover lo ha erigido en reino, aumentándolo con algunos señorios.

»Austria ha ensanchado sus posesiones con una tercera parte de la Polonia y raeduras de Baviera, y con parte de la Dalmacia y de Italia. Es cierto que no tiene ya los Países Bajos; pero esta provincia no ha sido devuelta a Francia, y se ha convertido en una auxiliar de Inglaterra y Prusia, temible para nosotros.

»Prusia se ha aumentado con el ducado o palatinado de Posen con un fragmento de Sajonia y con los principales círculos del Rin; su puesto avanzado está en nuestro propio territorio, a diez jornadas de marcha de nuestra capital.

»Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha establecido en las orillas del Vístula.

»Y nosotros, ¿qué hemos ganado en todos esos repartos? Hemos sido despojados de nuestras colonias, sin que nuestro antiguo suelo haya sido respetado siquiera; Landau separado de Francia y arrastrado Huninga, dejan una brecha de más de cincuenta leguas en nuestras fronteras; el pequeño Estado de Cerdeña no se avergonzó de revestirse con algunos jirones robados al imperio de Napoleón y al reino de Luis el Grande.

»En esta posición, ¿qué interés tenemos en tranquilizar a Austria y a Inglaterra contra las victorias de Rusia? Aun cuando ésta se extendiera hacia Oriente y alarmase al gabinete de Viena, ¿estaríamos por eso en peligro? ¿Tanto miramiento tuvieron con nosotros para que seamos tan sensibles a las alarmas de nuestros enemigos? Inglaterra y Austria fueron y serán siempre los adversarios naturales de Francia: mañana las ve-

ríamos aliarse de buen grado a Rusia si tratara de combatirnos y despojarnos.

»No olvidemos que mientras que tomábamos las armas por la pretendida salvación de Europa, puesta en peligro por la supuesta ambición de Nicolás, ocurriría seguramente que Austria, menos caballeresca y más voraz, escucharía las proposiciones del gabinete de San Petersburgo; le cuesta muy poco un cambio brusco en su política. Con asentimiento de Rusia se apoderaría de la Bosnia y de Servia, dejándonos la satisfacción de enervarnos por Mahmud.

»Francia está ya en una semihostilidad con los turcos, puesto que ella sola ha gastado ya muchos millones y expuesto veinte mil soldados en la causa de Grecia; Inglaterra sólo perdería unas cuantas palabras haciendo traición al tratado de 6 de julio. Nosotros perderíamos en ello honor, hombres y dinero; nuestra expedición no sería más que una verdadera plasta política.

»Pero si no nos unimos a Austria y a Inglaterra, ¿irá el emperador Nicolás a Constantinopla? ¿Se romperá el equilibrio europeo?

»Dejemos, y lo repetimos de nuevo, esos temores, fingidos o verdaderos, a Inglaterra y a Austria. Que la primera teme ver a Rusia apoderarse del comercio de Levante y convertirse en potencia marítima, es cosa que no nos importa poco. ¿Tan necesario es que la Gran Bretaña quede en posesión de la monarquía de los mares, que vayamos a derramar nuestra sangre para conservar el cetro del Océano a los destructores de nuestras colonias, de nuestras escuadras y de nuestro comercio? ¿Es conveniente que la raza legítima ponga ejércitos en movimiento con objeto de proteger la casa que se une a la ilegitimidad, y que reserva tal vez para épocas de discordia los medios que cree tener para turbar Francia? ¡Hermoso equilibrio es para nosotros el de Europa, cuando todas las potencias, como he demostrado ya, han aumentado sus masas y disminuido, de común acuerdo, la preponderancia de Francia! Que vuelvan, como nosotros, a sus antiguos límites, y luego volaremos al socorro de su independencia, caso de que se vea amenazada.

»A más de eso, si el emperador Nicolás quisiera y pudiera ir a firmar la paz a Constantinopla, ¿sería consecuencia rigurosa de ese hecho la destrucción del imperio otomano? Se ha firmado la paz

con las armas en la mano en Viena, Berlín y París: casi todas las capitales de Europa han sido tomadas en estos últimos tiempos; y por eso, ¿perecieron Austria, Baviera, Prusia, Francia y España? Por dos veces han venido los cosacos y los panduros a acampar en el patio del Louvre; el reino de Enrique IV estuvo ocupado militarmente por espacio de tres años, y ¿habríamos de conmovernos de ver a los cosacos en el serrallo, y teniendo en honor de Berbería una susceptibilidad que no tuvimos en honor de la civilización y por nuestra patria? Humíllese el orgullo de la Puerta, y tal vez se le obligará entonces a reconocer algunos de esos derechos de la humanidad que está ultrajando.

»Ya puede conocerse a lo que voy a parar, y la consecuencia que me dispongo a sacar de todo lo que precede. La consecuencia es ésta:

»Si las potencias beligerantes no pueden llegar a arreglarse durante el invierno; si el resto de Europa cree deber mezclarse en la contienda en la primavera; si se proponen diferentes alianzas, y Francia se ve absolutamente obligada a elegir entre ellas; si los acontecimientos la obligan a salir de su neutralidad, todos sus intereses deben decidirla a unirse con preferencia a Rusia, combinación tanto más segura, cuanto que sería fácil hacer entrar en ella a Prusia, ofreciéndole ciertas ventajas.

»Hay simpatía entre Rusia y Francia: la última ha civilizado casi a la primera en la clase elevada de la sociedad, dándole su lengua y sus costumbres. Colocadas Francia y Rusia en los dos extremos de Europa, no se tocan por sus fronteras, ni tienen campo de batalla donde poder encontrarse, ni tienen tampoco rivalidad alguna de comercio, y los enemigos naturales de Rusia (los ingleses y los austriacos) son también los enemigos naturales de Francia. Permanezca en tiempo de paz el gabinete de las Tullerías aliado al de San Petersburgo, y nadie podrá moverse en Europa. En tiempo de guerra, la unión de las dos naciones dictará leyes al mundo.

»Tengo demostrado que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria es una alianza falaz, en la que no encontraríamos más que la pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza de Rusia, por el contrario, nos pondría en el caso de obtener establecimientos en el Archipiélago, llevando nuestras fron-

teras hasta las orillas del Rin. Podemos hablar a Nicolás de esta manera:

«Vuestros enemigos nos solicitan: preferimos la paz a la guerra, y deseamos conservar la neutralidad. Pero si no podéis arreglar vuestras diferencias con la Puerta sino por medio de las armas; si queréis ir a Constantinopla, entrad con las naciones cristianas en un reparto equitativo de la Turquía europea. Aquellas potencias, cuya posición no les permita ensancharse por el lado de Oriente, recibirán indemnización en otra parte. Nosotros queremos tener la línea del Rin, desde Estrasburgo hasta Colonia. Estas son nuestras justas pretensiones. Rusia tiene un interés (vuestro hermano Alejandro lo ha dicho) en que Francia sea fuerte. Si consentís en ese arreglo, y las demás potencias se niegan a él, no permitiremos que intervengan en vuestra contienda con Turquía. Si os atacan a pesar de nuestras observaciones, las combatiremos con vos, y siempre bajo las mismas condiciones que acabamos de expresar.»

»Eso es lo que puede decirse a Nicolás. Jamás ni Austria ni Inglaterra nos darán los límites del Rin por precio de nuestra alianza con ellas, porque allí es donde, tarde o temprano, debe colocar Francia sus fronteras, tanto por su honor como por su seguridad.

»Una guerra con Austria y con Inglaterra tiene grandes esperanzas de éxito y pocas probabilidades de derrota. En primer lugar, hay medios de paralizar a Prusia y aun determinarla a unirse a nosotros y a Rusia. Llegado este caso, los Países Bajos no pueden declararse enemigos. En la disposición actual de los ánimos, cuarenta mil franceses que defendieran los Alpes sublevarían toda Italia.

»En cuanto a las hostilidades con Inglaterra, si alguna vez llegasen a comenzar, sería preciso, o desembarcar veinticinco mil hombres más en Morea, o retirar de allí prontamente nuestras tropas y nuestra escuadra. Renunciad a las escuadras; dispersad vuestros buques uno a uno por todos los mares; dad orden de echar a pique todas las presas, después de retirar las tripulaciones; multiplicad las patentes en los puertos de las cuatro partes del mundo, y pronto la gran Bretaña, obligada por las quiebras y los clamores de su comercio, tendrá que solicitar el restablecimiento de la paz. ¿No la hemos visto capitular en 1814 delante

de la marina de los Estados Unidos, que sólo se compone hoy de nueve fragatas y once buques?

»Bajo el doble concepto de los intereses generales de la sociedad y de nuestros intereses particulares, la guerra de Rusia con la Puerta no debe causarnos el menor recelo. En principio de alta civilización, la especie humana no puede sino ganar con la destrucción del imperio otomano: mil veces vale más para los pueblos la dominación de la cruz en Turquía que la de la media luna. Todos los elementos de la moral y de la sociedad política radican en el fondo del cristianismo; y, por el contrario, todos los gérmenes de la destrucción social están en la religión de Mahoma. Se dice que el sultán actual ha dado pasos hacia la civilización. ¿Será porque ha intentado, con ayuda de algunos renegados franceses y algunos oficiales ingleses y austriacos, sujetar sus hordas fanáticas a ejercicios regulares? ¿Y desde cuándo se considera como civilización el aprendizaje mecánico del manejo de las armas? Una falta enorme, y hasta casi un crimen, es haber iniciado a los turcos en la ciencia de nuestra táctica: es necesario bautizar a los soldados a quienes se discipline, a menos que se quiera formar de intento destructores de la sociedad.

»La imprevisión es grande. Austria, que se envanece con la organización de los ejércitos otomanos, había de ser la primera en sufrir el castigo de su alegría: si los turcos derrotaran a los rusos, con mayor razón serían capaces de medirse con sus vecinos los imperiales. Viena, entonces, no escaparía al gran Visir. El resto de Europa, que se figura no tener nada que temer de la Puerta, ¿estaría más seguro? Hombres apasionados y miopes quieren que Turquía sea una potencia militar regular, entrando en el derecho común de paz y de guerra de las naciones, todo ello para mantener no sé qué balanza, de que la falta de sentido común impide a esos hombres formar idea: ¿cuáles serían las consecuencias de la realización de esos planes? Cuando con un pretexto cualquiera le acomodara al sultán atacar a un gobierno cristiano, una escuadra bien dirigida, reforzada con la escuadra del bajá de Egipto y del continente marítimo de las potencias berberiscas, declarararía las costas de España o de Italia en estado de bloqueo, y podría desembarcar cincuenta mil hombres en Cartagena o en Nápoles. No queréis